

(Tomado versión manuscrita. Redactado en 1970)
(En revisión Sep/Oct 09)

1968 Prisión



Las ruedas de la jaula giraban lentamente. El armatoste era conducido en medio de seis vehículos en procesión. En cada uno de ellos, íbamos los prisioneros hacinados en el reducido espacio interior.

De pronto, desde las bocinas de la cabina de la panel donde viajaban el encargado de manejar y algunos vigilantes, se oyó una voz de mando solicitando información. Ésta fue respondida por el mismo conductor o por un policía que iba a su lado. Como la jaula de atrás no tenía contacto abierto ni comunicación directa con la cabina, jamás nos enteramos ni de cuántos guardias iban adelante.

—Comandante Godínez¹ a convoy, comandante Godínez a convoy. Cambio.

—Cabo Martínez de panel 114 a comandante. Cambio.

—Cabo Martínez, fíjese bien en lo que le voy a decir. Póngase atento: dígame dónde está sin decirme su destino. Dígame cuál es su ubicación sin decirme a dónde va. ¿Entendido? Cambio.

—Sí comandante. Estoy en la calle de Quedo a cinco cuadras de Tlalpan y voy para Lecumberri. Cambio.

—¡Pendejo! Le estoy diciendo que no me diga su destino. A ver si se fija en lo que le digo...

—¡Eh...! Este... yo... este... ¡Gracias comandante! Gracias. Cambio.

Entre los presos, que íbamos ya como culpables de ser estudiantes, maestros o empleados y haber estado en las instalaciones de la Universidad mientras ésta era ocupada

militarmente por las fuerzas del gobierno, se generalizó la risa. De ese modo chusco nos enterábamos del lugar al que éramos conducidos, la incertidumbre que se había apoderado de nosotros desde el momento de la detención por fin se borraba. Ahora sí, sabíamos: “¡Vamos a Lecumberri!” Fue la unánime exclamación.

Mientras el convoy marchaba, los policías, colgados de la parte de atrás, hablaban sin cesar. Su plática los identificaba como personas sencillas, como gente con preocupaciones comunes, se oían pues como “seres normales”, sin embargo, el uniforme azul estimulaba nuestros prejuicios: ¿seres normales?... posiblemente. ¿Policías?... evidentemente.

Íbamos allí, mezclados y confundidos y en calidad de detenidos en cada vehículo, unos veinte universitarios de la UNAM. El interior era oscuro pero se podían ver algunos rostros: la resignación, con algún lamento, identificaba a los empleados, mientras la broma y el coraje distinguía a los estudiantes.

Algo resultaba preocupante: la credencial de alumno era un pasaporte a la cárcel. El uniforme de trabajador administrativo, en cambio, significaba esperanza de liberación.

La oportunidad para anotar nuestros nombres y que alguien diera aviso de ubicación a la familia no podía ser despreciada. Pensábamos que era imposible el encarcelamiento de los empleados que habían sido apresados mientras realizaban sus labores. Con toda seguridad serían puestos en libertad una vez que estuviésemos en el edificio de la penitenciaría. Era probable que pudiésemos evitar la temida

incomunicación. Así que, en papelillos pequeños apuntamos nombre, dirección y teléfono para que, una vez afuera, ellos hicieran el favor de llamar y advertir de nuestro paradero.

En poco tiempo llegamos a las puertas de nuestro destino inmediato. La cárcel de Le-cumberri. El legendario y tristemente célebre Palacio Negro.

En el penal, completamente protegido, abundaban los transportes policíacos y, por ende, muchos guardias armados. Una valla de granaderos se formó desde el interior hasta el punto donde debíamos descender de la camioneta. El estremecimiento crecía, la curiosidad también y la última esperanza de ir a dormir al hogar se desvanecía aceleradamente. La espera se hacía interminable, eran muchos los presos que adelante de nosotros, uno a uno, descendían de los vehículos y desaparecían rumbo a algún rincón del viejo edificio. Ahora, ¿qué ocurriría?

La crujía H, previamente desalojada de otros presos, había sido destinada para recibirnos; se ubicaba al principio de la gran prisión y, según supimos, funcionaba para reclusión breve o en tránsito, así que, tras una larga fila para proporcionar los datos personales, nos condujeron a los llamados dormitorios. En celdas que al parecer habían sido construidas para seis, tal vez ocho personas, nos asignaron a veinte en promedio.

Con frío o temor (en realidad no supe, y aún no sé, si era el frío, el temor o un simple estado nervioso lo que padecía) y sin encontrar acomodo, en parte por el espacio pero sobre todo por la incierta

situación, la mayoría de los concentrados en la celda, ya cerrada por fuera, comentábamos de todo. En algún momento, alguien ilustró acerca de quiénes eran los “filósofos de la destrucción”, los así nombrados y condenados por el presidente en su informe anual al Congreso, fue entonces que escuché por primera vez el nombre de Herbert Marcuse, autor que seguramente era uno de aquellos terribles pensadores. Me pregunté cómo habría podido hacerle este tremendo intelectual para conmover y movilizar a tantos miles de jóvenes que incluso en su inmensa mayoría desconocían hasta su propia existencia. La invitación a leerlo, gracias a la sabia recomendación del primer mandatario, se volvió un imperativo en mis propósitos. Tengo que leer a Marcuse, me dije.

Conforme avanzaba la noche y las bromas cesaban, la mortificación asomaba en las variadas pláticas de los compañeros de infortunio. En especial me lastimó el intercambio de inquietudes que sostuve con Rubén Reyes, dirigente de la escuela de Veterinaria, quien me provocó un fuerte desasosiego cuando sugirió que no saldríamos pronto y que tal vez nuestra juventud transcurriría en la prisión, no era cualquier cosa haber desafiado al gobierno. La amenaza me sonó plenamente realista. Menos pude conciliar el sueño. (Al tal Reyes lo reconocí varios meses después en fotografía publicada en el periódico *Excélsior*, en la que un

grupo de entusiastas estudiantes apoyaba al flamante candidato del PRI a la presidencia: Luis Echeverría).

Las horas transcurrían sin que se pudiera advertir qué tan aprisa, las bromas disminuían y no faltaba la voz de algún entristecido para manifestar su pesadumbre. Las pláticas se fueron haciendo cada vez más personales y la chorcha grupal se desvaneció. Pocos, si es que los hubo, pudieron dormir. Mientras, lentamente nos reponíamos de la impresión y recuperábamos el ánimo, sentíamos renacer la expectativa de una pronta liberación. Por lo pronto, esa noche tendríamos que apechugar y mañana, ¡ah, mañana!, ya veríamos.

Cuando amaneció, el ánimo festivo casi había desaparecido y sólo ocasionalmente se manifestaba con alguna broma; el resentimiento era el nuevo estado de ánimo que comenzaba a predominar. Algunos tarareábamos las llamadas “tonadas del movimiento” e improvisábamos nuevas letras para viejas canciones. El corrido de “La Cárcel de Cananea” era de los más socorridos para parafrasear:

“la cárcel de Lecumberri está situada en una plaza, —se repite—

donde yo fui procesado por ser un pobre estudiante...”

Muy temprano nos llamaron para formación en el patio y tras algún discurso que no recuerdo, nos indicaron el camino para ir a desayunar. Esta información al momento la agradecemos

pues el apetito, a pesar de todo, y luego de una noche sin cena, no dejó de mortificar. Grandes ollas contenían los pretendidos frijoles. En platos metálicos, acompañados de un bolillo, se nos proporcionó una escuálida ración a los desvelados prisioneros que esperábamos mitigar el ayuno. No fueron pocos los que regresaron casi sin consumir los espantosos granos servidos con algo parecido al agua de caletín y comenzó, ahora sí, a presionar el hambre. “No hay nada más”, se nos dijo.

La mañana transcurrió en medio de emociones encontradas. La primera de ellas ocurrió al constatar la enorme cantidad de presos que nos encontrábamos en ese lugar. Nos dio una mezcla de alegría, temor, coraje y tristeza. Algunos periódicos obtenidos casi clandestinamente² mostraban, en las primeras planas, decenas de fotografías de la ocupación militar de la Ciudad Universitaria; las diversas notas informativas daban cuenta del suceso con homogénea visión, seguramente difundida desde las oficinas del gobierno. Páginas enteras mostraban escenas gráficas de lo ocurrido que contrastaban notablemente con los textos noticiosos copiados, evidentemente, de los boletines oficiales. Las fotos de tanques y piquetes militares frente a la torre de la Rectoría y en los edificios escolares eran más elocuentes que las notas de reporteros y articulistas. Los presos no cedíamos en la confusión. “La UNAM tomada por el Ejército apoyado con tanques, metralletas y fusiles. 2000 prisioneros distribuidos en diversos centros de reclusión”, leíamos en algún diario.

En medio de la incertidumbre y los comentarios, llegó la hora de la comida. Con la expectativa de que algo se pudiera digerir nos llevaron nuevamente al comedor. Después de denodados esfuerzos para poder consumir algo más que arroz mal cocido, nos resignamos a pasarla sin alimento. Entendí por qué los familiares de los presos llevan siempre comida los días de visita. Romeo, dirigente de los estudiantes de Ciencias Políticas, comentó finalmente que los frijoles no estaban tan mal, que hasta le habían gustado. Cosas del hambre.

Del paso del día a la noche, no recuerdo más que inútiles intentos de encontrar consuelo en las charlas acerca de todo. La cena tuvo el mismo resultado fallido, aunque algunos productos que prisioneros de otras crujías nos hacían llegar nos ayudó un poco, tan sólo un poco, pues las papitas y chicharrones se comerciaban a precios casi inalcanzables y casi nadie traía dinero. Al final, sufrimos otra noche en vela pero ahora con mayor desánimo e incertidumbre.

La historia tuvo un triste desenlace. Durante la mañana, desde muy temprano, paulatinamente llamaban a ciertos estudiantes que no volvían. Tras un interrogatorio, casi todos ellos eran trasladados a las crujías interiores. De allí no saldrían. Así, llamaron a Romeo (no lo volvería a ver hasta meses después cuando acudí en un día de visita). La tensión y los rumores se enseñorearon de la situación.

Las horas siguientes transcurrieron entre nuevos llamados y angustiosa espera para saber quién seguía. Durante el crepúsculo cesaron los llamados y sentimos un cierto descanso. Así llegó la noche y el mal dormir, aunque ahora había en la celda un poco más de espacio.

== O ==

En la mañana nos concentraron en el patio a muchos, quizás a la mayoría, con tono solemne un comandante nos habló de la patria, de la ley, nos alertó contra sus enemigos, nos recomendó portarnos bien, ser buenos hijos y no hacer caso de los comunistas. Nos formó ante varias mesas que registrarían los datos personales, tras lo cual caminamos por un pasillo que, ¡oh sorpresa!, daba a la calle.

Allí mi padre, que tenía horas esperando, al verme, se acercó, me abrazó y no me dijo nada.

Notas

- 1 Apellidos inventados
- 2 Algunos presos se dedicaban a vender los diarios.

